

Precio 15 céntimos



ARTISTA DE ZARZUELA



Fot. A. Torija.

Matilde Verdecho.

LA SAETA

Toda la correspondencia se dirigirá á
D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Cen-
tro, Kiosco número 5. — BARCELONA.

DIRECTOR LITERARIO

DANIEL ORTIZ

España y Portugal, trimestre. . . 2 ptas
Cuba y Puerto-Rico, semestre.. 5 »
Extranjero, semestre.. . . . 6 »



Dios mio! ¡y cómo le han escocido á un revistero de toros que se llama *Verdugillo* unas cuantas observaciones paternales que le hice!

Para vengarse, me suelta en *El Torco*, achacándome cosas que no he escrito y tomándolas por punto de apoyo, media docena de desvergüenzas.

En el número pasado no contesté á *Verdugillo*, y en este pensaba hacer lo mismo, pero me han informado de quien es y de los intereses que representa, y, vamos, que me han entrado ganas de decirle cuatro cosas.

Verdugillo no es ni más ni menos que el administrador de la Plaza de Toros. ¡Por eso el muy pillin encuentra excelentes todas las corridas que se dan!

Item más: *Verdugillo* es un descarado que insulta á todos los periodistas de Barcelona tan pronto como censuran á la famosa empresa que aquí tenemos.

Detalle principal: la empresa de los toros paga el citado semanario y las lucubraciones de su director, segun me han asegurado.

Nada nos gusta tanto como liarnos con una empresa que se burla del público, como lo hace la actual del circo taurino.

Porque tiene gracia eso de explotar á la gente y pagar luego á un infeliz para que con aire de taco prodigue improperios á los que se quejan.

La actual empresa de los toros es la peor que ha tenido Barcelona. En lo que va de año no ha dado una corrida regular, porque ha comprado un ganado bastante perdido.

En la última corrida por medio de noticias y carteles nos hizo entender que iba á haber la gran competencia entre Guerra y Lagartijo, y todo fué nna hañagaza para pescar incautos.

Los toros que dió no valían nada.

Puso el tendido de sombra á cinco pesetas y luego en el despacho cobraba además el sello, lo que no estaba anunciado en ninguna parte. En el sol cobró tres pesetas. Otro abuso.

Además despachó algunos miles de entradas más de las catorce mil que admite la plaza.

Porque son catorce mil ¿no es verdad, señor empresario?

Y basta por hoy.

En cuanto al *Buchi-illo* ó *Verdugillo* ¿qué le hemos de decir? Pues aquello que se dice á los que se salen del tiesto: «Taquillero, á tu taquilla.»

* *

Tambien los prestamistas tienen sangre en las venas. En Orense se ha concertado un duelo entre dos de estos gatos marrulleros, por cuestión de cuál de ellos desuella mejor al prójimo.

Se dice que el desafío no tiene arreglo, y que ambos Matatias quieren lavar con sangre el sesenta por ciento mensual que cobran de sus víctimas.

¡Qué gusto!

¡Dos usureros en el campo del honor!

¡Ay, si se pegasen bien! ¡Si siquiera se partiesen la geta ó se abriesen en canal!

Porque á los prestamistas nadie les tiene compasión. Están fuera de la ley, como si dijésemos.

¡Qué respiro para los explotados si el lance tenía fatales consecuencias! ¡Qué desahogo para la ciudad de Orense!

Estamos seguros de que habrá repique general de campanas, música y cohetes si los dos prestamistas salen atropellados del conflicto.

Además, hay que alentar estos entretenimientos.

¡Quien sabe si con el ejemplo los prestamistas barceloneses se lian tambien á tiros y salazos y se quitan de en medio unos á otros!

Si fuéramos legisladores prohibiríamos el duelo, haciendo una salvedad para los usureros.

A estos les alentaríamos dándoles premios.

El prestamista que despachase tres colegas, tendría una pensión del Estado. El que estropease á uno, obtendría una medalla creada expresamente con el objeto de fomentar el estermio de esos garduñas.

¡Guerra al prestamista! habrá de ser el grito de todos los españoles.

Porque este miserable sugeto hace entre los pobres humanos el mismo papel que hace la zorra entre las gallinas.

* *

Ha muerto D. Pedro A. de Alarcon, uno de los escritores más geniales de la literatura contemporánea.

Alarcon deja obras que como *El sombrero de tres picos* y *El niño de la bola* serán siempre el encanto de todos cuantos tengan un gusto depurado.

Un amigo nuestro conserva unos versos atribuidos á Alarcon en los que éste con sin igual gracejo parodia el estilo de Campoamor. Helos aquí:

EL CÉFIRO, LA FLOR Y EL FILÓSOFO.

*Dolora sentenciosa, misteriosa, amorosa
y sustanciosa.*

La flor.—¿Porqué me soplas así?

El céfiro.—Porque si.

La flor.—¿Quieres que te sople yo?

El céfiro.—¿Porqué no?

(*Soplan los dos.*)

El céfiro.—¡Toma viento!

La flor.—¡Toma aroma!

Los dos.—¡Toma, toma!

La flor.—¿Qué fuera de mi sin viento?

El céfiro.—¿Pues y de mí sin tu aliento?

La flor.—Sin tí nadie me olería.

El céfiro.—Sin tí, yo á nada sabría.

La flor.—¡Luego soy tu complemento!

El céfiro.—¡ Y tú *complementa mía!*

Los dos.—¡¡¡Qué alegría!!!

Esto un filósofo oyó,
que iba unas hojas cogiendo;
y el céfiro se rió,
y la flor se sonrojó
sus pétalos escondiendo.

El filósofo.—Así va la raza humana;
ya apetece, ya se hastía;
almuerza por la mañana;
come luego al mediodía...
y á la noche... ¡otra vez gana!

Descanse en paz el ingenioso autor de tantas
obras excelentes; su muerte ha sido llorada por
todos cuantos aman la literatura.

Ha venido una embajada de Marruecos á la
que tratamos con nuestra esplendidez acostum-
brada.

Bueno es devolver bien por mal, y así demos-
tramos que no nos llegan mucho al alma las fe-
chorías que los súbditos del sultán nos están ha-
ciendo en Melilla.

Ahora nosotros, en reciprocidad, debiéramos
enviarles otra embajada compuesta de Isasa,
Tyrconel, Beranger y Fabié. A ver si los esca-
bechaban. Porque son capaces de todo.

ELIDAN.

EL ALMA DE GARIBAY

De penas y trampas lleno,
Garibay el desdichado,
Resolvió tomar estado
Como quien toma un veneno.
—Si soy dichoso, decía,
Vendrá la muerte importuna
A malograr mi fortuna,
Solamente porque es mía.
Venga, pues, si esto ha de ser,
Que quiero ahorrarla camino.
Y acertó: la muerte vino;
Pero fué por su mujer.

El se quedó sano y salvo
Y en su inmenso desconsuelo,
Se hubiera arrancado el pelo
A no estar el pobre calvo.

Maldijo su suerte ingrata
Y exclamó, dando un suspiro:
—¡Cómo ha de ser! Este tiro
Me salió por la culata.—

Pasó un año, y enseguida
Púsose á buscar do quiera.
Más que una esposa, una fiera
Que acabase con su vida.

Sacóle Marta del paso,
Y espantado de su acierto,
Exclamó al verla:—¡Soy muerto!
O lo que es igual:—¡Me caso!

Esta de seguro enviuda,
Pues no hay ninguna que sea
Ni más torpe, ni más fea,
Ni más terca, ni más ruda.—

Tres palizas de su Marta
En dos semanas sufrió;

Pero ¡ay! la infeliz murió
Cuando iba á darle la cuarta.

—Pues señor, soy inmortal,
Exclamó perdiendo el tino.
Tendré que ahorcarme de un pino
O que tirarme al Canal.—

Ya resuelto á perecer
Echóse al pescuezo un nudo.
Y es raro: la cuerda pudo
Mucho más que su mujer.

Y sin exhalar un ¡ay!
Ni alcanzarla humano auxilio,
Cambió así de domicilio
El alma de Garibay.

¿Dónde voy?—Pensó en el aire.—
Si á la gloria me dirijo
No me querrán. Voy de fijo
A recibir un desaire.

¿Al purgatorio? Jamás.
Esta proporción no es buena.
Abajo he sido alma en pena
Y no quiero serlo más.

Ni he de pasar el invierno
Al raso, así como estoy...
¡Ah! ¡Brava idea! Me voy
En derechura al infierno.

Rápida como un venablo
Partió, llegó á su destino,
Llamó tres veces y vino
A abrir el postigo el diablo.

Diablo. —¿Quién se atreve?...

Garibay. —Servidor...

Diablo. —Suprima usted el cumplido.
¿Y quién es usted?

Garibay. —He sido
un infeliz pecador.

Diablo. —Pues es preciso saber
El nombre de usted.

—No hay

Obstáculo. Garibay...

Marta. (*dentro*) —¡Mi marido!

Garibay. (*aterrado*) —¡Mi mujer!

¡Infeliz! no pensé en ello
Aquí Marta... ¡Estoy perdido!
¿Por qué no lo habré sabido
Antes de estirarme el cuello?—

No anduvo en su indecisión
Por mucho tiempo reacio,
Pues huyó por el espacio
Como ráuda exhalación.

Y segun cuenta la historia
Gira en movimiento eterno,
Sin entrar en el infierno
Ni en el limbo, ni en la gloria.

Y está con voz lastimera
Murmurando sin cesar:
—Nadie se debe matar
Sin saber lo que le espera.

G. NUÑEZ DE ARCE

TIPOS MADRILEÑOS

EL JEFE

Aquí, ya se sabe, hay persona que se acuesta
siendo oficial segundo de administración civil,
auxiliar de la clase de terceros de un ministerio,
y al abrir los ojos por la mañana resulta que ya
no es nada absolutamente.



Esta volverá sin caza,
lo cual que la hará rabiar;
que no le pasa lo mismo
cuando caza en la ciudad.



Señorita, yo no me pongo á los piés de V. porque creería V. que era para verle de cerca las pantorrillas.

Cualquiera diría que el Gobierno no tiene otra cosa que hacer más que dar y quitar destinos; y hoy le nombra á usted y mañana le deja cesante y al otro día le repone, y así sucesivamente hasta la consumación de los siglos.

Pues, sin embargo de esto, existen por ahí empleados á docenas que se dan tono en la oficina y regañan á sus subalternos y piden el agua con énfasis y hasta dicen que no la toman si no se les dá con azucarillo.

¡Si parece mentira! Desde el momento en que obtienen la credencial ya creen que han venido al mundo en representación de Dios á mandar en todos los mortales de tres mil pesetas por abajo.

¡Y qué emoción experimentan los demás funcionarios de menos sueldo cuando aparece en la oficina un jefe recién nombrado!

—¡Qué alto es!—dice uno aplicando el ojo á la cerradura.

—Dicen que ha sido gobernador—añade otro.

—Parece andaluz.

—No; es de Albacete.

—¡Caramba! ¡Qué sortija lleva en el dedo pequeño!...

Lo primero que hace el jefe es llamar á todos sus súbditos y decirles con solemnidad:

—No por mis merecimientos, sino por la voluntad del Gobierno de la nación he llegado á este puesto, donde confío he de encontrar la ayuda de ustedes. Yo soy rígido; desde ahora se lo digo á todos, pero sabré premiar los servicios de aquellos que me sirven con fe, lealtad é inteligencia.

Uno de los empleados contesta á nombre de sus compañeros, con frase torpe, pero conmovida; y el jefe se queda solo, para entregarse á serias é importantes meditaciones administrativas.

Los subalternos, entre tanto, comentan el discurso del jefe y alguno está pensando en buscar una buena recomendación á fin de tener de su parte á aquel señor tan rígido, que está dispuesto á premiar ó á destruir, según el caso.

Lo que no saben aquellos infelices es que el nuevo jefe ha obtenido un empleo á fuerza de recomendaciones y que tiene la misma influencia con el ministro, que puede tener el último portero de la oficina.

En opinión de los subalternos todo el que manda es un sabio, y á más de sabio persona influyente y á más de influyente, rico. Desde el rincón del negociado todos los que están en las alturas parecen gigantes y pueden si se les antoja hundir en la miseria á veinte familias de una sola plumada.

Desgraciadamente para ellos, las cosas no suceden con tanta facilidad.

El jefe es un caballero que necesita un destino y lo obtiene después de muchas súplicas. El único ser todopoderoso es el ministro, y aun éste se ve obligado en muchas ocasiones á reprimir la ira, pues quiere dejar cesante á uno que no sabe leer más que en letras de molde, y antes de extender la orden fatal pregunta:

—¿Quién recomienda á Fulano?

—La duquesa del Escabeche—confesta el encargado del personal.

—¡Demonio! Tengo que respetarle—murmura tristemente el ministro.

En las oficinas públicas el jefe no es más que una autoridad interina. Hoy tiene tratamiento

y le sirven el agua en bandeja de plata; mañana ó el otro, cesante ya, nos le encontramos en la Carrera de San Gerónimo y vemos con dolor que lleva los tacones torcidos.

—¿Conoces á éste?—nos preguntan; y nosotros contestamos:

—Ese que ves con la levita deteriorada y los pantalones llenos de flecos, ha sido jefe.

—¿Jefe?

—Sí, y ahora ni siquiera es persona regular, por falta de ropa.

¡Cuántos jefes hemos conocido que entraban en la oficina dando puñetazos y poniendo motes á los subalternos, y después les encontramos en las timbas de calderilla apuntando dos perros grandes á una sota!

El respeto al jefe suele constituir un verdadero culto para ciertos empleados de infima clase.

—¡Oh don Agapito! ¡Qué hombre de tanto talento!—nos decía en cierta ocasión un pobre escribiente refiriéndose á su superior gerárquico

—¿Y qué tal genio tiene?—le dijimos

—Malo, malísimo; pero no hay más remedio que aguantarle. ¡Como es jefe!...

Para aquel pobre empleado, don Agapito era un semidios que podía hacer todo cuanto quisiera en este bajo mundo.

Pero la ilusión del empleado duró poco. Un día le preguntamos:

—¿Cómo le va á usted con su jefe?

Y nos contestó muy enojado:

—No es jefe ni es nada ¿Creerá usted que me pidió prestadas dos pesetas hace cuatro meses y aún no me las ha devuelto?

—¿Se habrá olvidado?...

—¡Quiá! he podido averiguar que no tiene una peseta. ¡Y yo que creía que los jefes eran personas importantísimas!...

LUIS TABOADA.

EPÍSTOLA

A UN JOVEN POETA ROMÁNTICO

En tu carta, que hoy recibo,
me ruegas, caro Emeterio
que *abrace* el género *serio*
y que abandone el *festivo*.

Dices que el romanticismo
instruye al par que recrea
(¡pero si no hay quien lo lea
y quizás por eso mismo!)
y apoyas esta teoría
con el mayor interés,
diciendo que ha sido y es
la verdadera poesía.

Todo esto será verdad;
á dudarlo no me avengo;
pero yo, chico, lo tengo
por una calamidad.

¿No estás harto ya de oír
«el susurrante arroyuelo,
el límpido azul del cielo,
manto de plata y zafir?»

¿Y no ves todos los días
«el rumor de la enramada,
el fulgor de la alborada»
y otras muchas tonterías?

¿Quién, que tenga el juicio sano
á escribir esto se atreve:

«mirad como el aura leve
mueve el cefirillo ufano?»

Pues estos, y otros dislates
hallas á cada momento.

¿Y crées que son un portento
tan solemnes disparates?

Si de una mujer se trata,
«tiene de oro los cabellos,
sus ojos lanzan destellos
la mirada suya mata,
su cutis es sonrosado,
su pié chiquitito y breve,
son sus manos pura nieve,
y es su cuello nacarado»

«Son dos claveles sus labios,
sus megillas, dos rositas,
su pecho, dos palomitas
que al mundo causan agravios»
y une siempre, á estos hechizos,
una «boquita hechicera»
y una «blonda cabellera
de la que surgen mil rizos»
«Sus brazos son torneados,
y sus pestañas sedosas,
su tez, es de nieve y rosas.»
«sus dedos, son afilados.»

Parece el romanticismo,
como la ilusión de un sueño;
todo es hermoso y risueño,
y bello, y... ¡siempre lo mismo!

Es poco digno de encomio;
pues el romántico vate,
comienza... en un disparate
y acaba... en un manicomio.

¿Y estro tan extravagante
tú me alientas á seguir?

¿Cómo te pudo ocurrir
una cosa semejante?

Bien, que alguna *berza* escriba
más ó menos chavacana;
pero ¿gestar una semana
llorando á lágrima viva,
los *desdenes* de una ingrata
que hizo mi amor desgraciado?
Eso ya está muy gastado,
y es una solemne *lata*.

Yo, en mis producciones quiero
reír á más no poder:

quiero en toda ocasión ser
para *reír* el primero.

No sigo pues tu consejo,
que el llorar... es cosa *fea*:

¡quiero reír, aunque sea
con la risa del conejo!

JUAN URIOSTE SOTO

EL FANTASMA

Era la Nela la moza más hermosa que había en Coteruco, pueblo célebre, aunque imaginario, donde mi paisano don José María Pereda pone la acción de una de sus más intencionadas novelas satíricas.

La Nela era alta, desarrollada á proporción, de genio alegre y comunicativo, y con unos andares tan resueltos, que se llevaba los ojos de los mozos del pueblo.

Varios eran los aspirantes á la morena mano de la garrida aldeana, porque además de ser guapaza, tenía su correspondiente dote consistente en una casita rodeada de ochenta carros

de tierra que formaban una fortuna bastante regular en aquel pueblo.

Luco (derivado de Manuel) era uno de los principales, y sólo se veía contrariado por las deferencias que la moza solía guardar á Francisco, ó mejor dicho, Cisco, ó mejor dicho, Chisquin, como le llamaban en el pueblo.

Luco era alto y delgado como una percha, mereno y avellanado. Acababa de cumplir el servicio y se las daba de socarrón y chancero.

Chisquin era más bien bajo que alto, metidito en carnes, afeitado como un sacristán y con la cara más redonda y colorada que una manzana. Pero, eso sí, á currutaco nadie le ganaba, y cuando se presentaba los domingos en el *corro* ó en el juego de bolos, compuesto, con zapatos blancos, chaqueta y pantalón de paño negro, chaleco rameado y corbata con sortija, las mozas murmuraban por lo bajo: Ahí va lo mejor del pueblo.

Pues sucedía que la Nela, coqueta como mujer, hacía á dos caras, y tan pronto se inclinaba á Luco como al Chisquin.

Este manejo no podía durar mucho tiempo.

Un domingo por la tarde se presentó en el *corro* la Nela más hermosa que nunca, Luco la invitó á bailar la jota, baile que pateaba á la perfección, repiqueteando con las *tarrañuelas* que era un gusto.

La Nela salió tan fresca sin acordarse que tenía el baile comprometido con el Chisquin. Cuando éste vió la pareja se conmovió de rabia.

Después de la jota vino el *á lo alto y á lo bajo*, y como en este baile montañés hay derecho á soplar la pareja, Chisquin se metió por debajo de los brazos de Luco y le robó la Nela.

Mientras bailaba no cesaba de exclamar:

—¡Anda, malona! ¡Como yo te vuelva á querer!... ¡Eres la más perra de las mujeres!

Y ella:

—¿Qué dices, Cisco?

—Lo que oyes. Que te vaigas con Luco.

—¿Yo? En jamás.

En esto Luco se mete entre los dos y deja á Chisquin con un palmo de narices.

—¿Qué te icó ese piazo de bárbaro? —decía bailando.

—Lo catí no te iporta, —contestaba ella de la misma manera.

—¡Nela! ¡Nela!

—Déjame en paz.

Por lo que se ve la Nela se había decidido ya por Chisquin.

Así fué; toda la tarde estuvo hablando y riendo con él.

Luco rabiaba de celos aparte y prometía vengarse.

Al marcharse dijo á la bella desdeñosa.

—¿Con que habemos acabado?

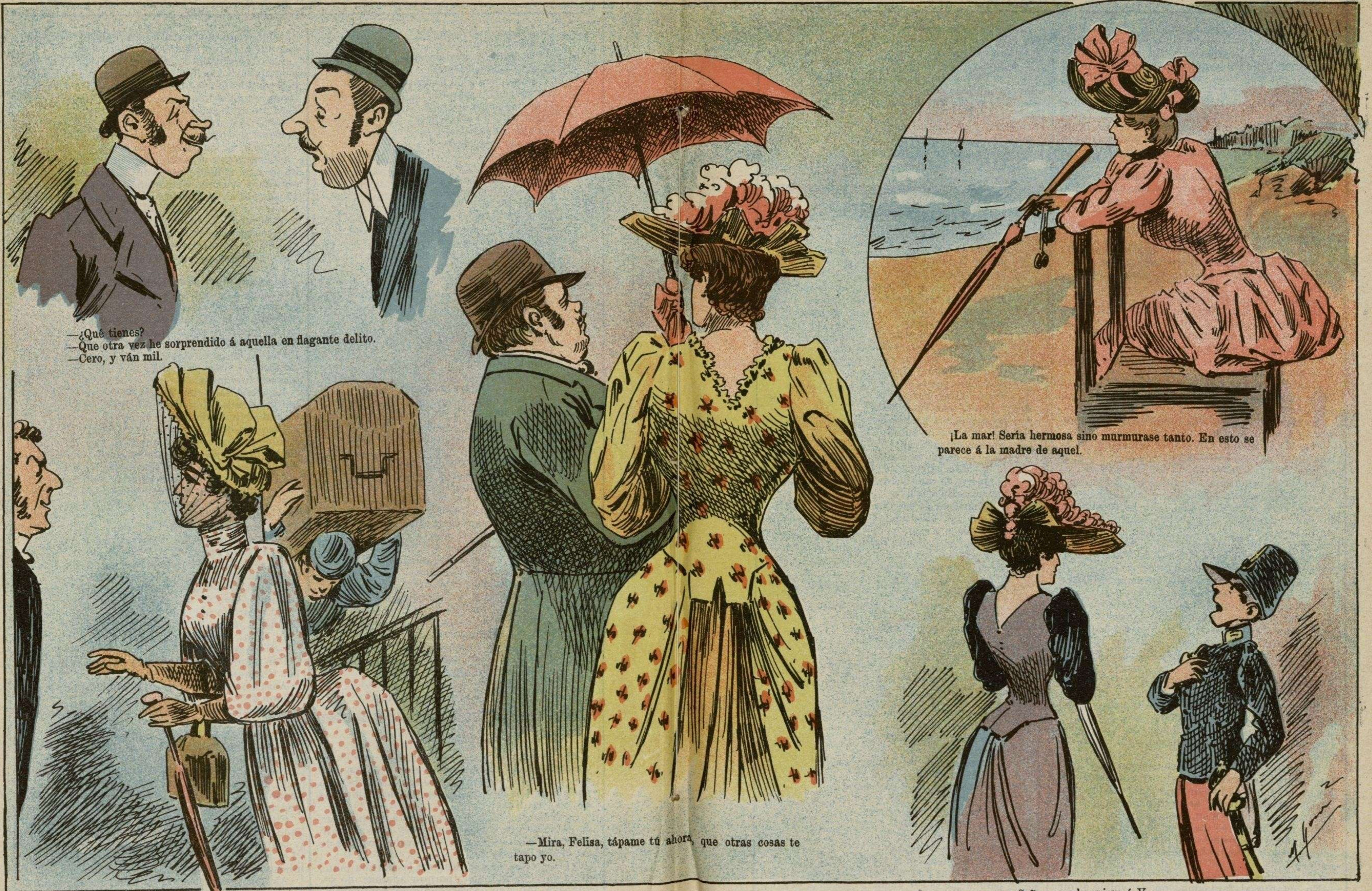
—Así parece.

Desde el día siguiente la corte que hizo Chisquin fué más asidua y concluyó por pedir la mano de la moza, que le fué concedida por los padres para dentro de seis meses.

Chisquin, mientras llegaba el momento anhelado, pelaba la pava todas las noches con Nela, y la hablaba á través de una reja.

¡La reja! ¡medida de precaución adoptada por nuestros mayores!

Así iba trascurriendo el tiempo cuando una mañana corrió por Coteruco una grave noticia. La noche anterior se había visto un fantasma



—¿Qué tienes?
 —Que otra vez he sorprendido á aquella en flagrante delito.
 —Cero, y ván mil.

¡La mar! Sería hermosa sino murmurase tanto. En esto se parece á la madre de aquel.

—Mira, Felisa, tápame tú ahora, que otras cosas te tapo yo.

—¿Hay en esta fonda algún señor de cierta edad, rico, elegante?...
 —¿Cómo se llama?
 —No lo sé ni me hace falta; si hay alguno de esas condiciones, me quedo.

—Señora, yo la quiero á V.
 —¿Pero te figuras que soy tu nodriza?
 —Lo que es medios no le faltan á V., señora.

con una luz, recorriendo las calles del pueblo.

¿Quién podía ser aquella alma del otro mundo? Muchas eran las conjeturas. Había quien creía que era el boticario que había muerto hacía un mes y cumplía poco los preceptos religiosos; otros creían que era Tatoes, carretero que había muerto renegando, víctima de las ruedas del carro que llevaba y de una *pitima* que había cogido. Alguien sospechó que podía ser la tía Mariuca que echaba las cartas y había muerto tres años antes... Vamos, que todo se volvió suposiciones.

Chisquin tenía que ir á pelar la pava, y como no era muy valiente de suyo y además todo lo sobrenatural le horrorizaba, se quedó en su casa achantadito.

En cambio la Nela, poco supersticiosa, le estaba aguardando en la ventana.

Cuando más ensimismada estaba pensando en su Chisquin, apareció un ser fantástico envuelto en un paño blanco, con una luz en la mano.

La moza se quedó petrificada.

Entonces el fantasma, con voz lúgubre, dijo:

—¡Nela! ¡Nela! En nombre de Dios te digo que no te cases con Chisquin,

—¿Que no me case con Chisquin?

—¡No! ¡no! ¡y no!... ¡Huuú! —dijo el aparecido haciéndola miedo.

Una señorita se hubiera desmayado, pero la Nela comenzó á berrear como un choto á quien apalean.

Se alborotó la casa y la vecindad, y el fantasma echó á correr.

Cuando el otro día se enteró Chisquin de lo que había pasado y de las pretensiones del aparecido, se quedó reflexionando mucho rato.

Efecto de estas reflexiones fué citar á su casa á los cuatro mozos más fornidos del pueblo, para ver de ponerse de acuerdo y dar caza al alma en pena que venía á perturbar la tranquilidad de Coteruco.

Por la noche se emboscaron armados de varas de avellano cerca de la casa de Nela, y esperaron los acontecimientos.

A las doce en punto se vió aparecer al blanco fantasma con un farol en la mano.

Los cinco valientes temblaban como la hoja del árbol cuando pasó sin verlos junto á ellos.

—¿Cacemos? —preguntó uno en voz baja.

—Arrimarle un palo por si acaso: ¿no sus paece?

—Pus yo no.

—Pus yo si, —dijo Chisquin que era el más interesado.

Y acercándose de puntillas por detrás, arrimó un soberbio varazo al fantasma.

Oyóse un grito, y el aparecido y el farol rodaron por el suelo, quedando todo en la oscuridad.

Entonces se acercaron los otros mozos y ¡aquí que no pecol! descargaron tal lluvia de palos sobre el caído, que se fueron dejándole por muerto.

Dos horas después, arrastrándose por el camino, llegaba Luco á su casa, escondía el farol roto y la sábana y se metía en la cama.

Cuando le preguntaron al día siguiente lo que tenía, decía que se había caído por un derrumbadero.

Quince días estuvo sin poder salir de casa.

En cuanto al fantasma, no se volvió á oír hablar de él.

El día antes de casarse Chisquin se encontró con Luco en una callejuela.

—¿Con que te casas mañana?—preguntó éste.

—Así paece.

—¿Y no tienes miedo de que te vengan á visitar los fantasmas?

—No, porque esos se caerían despues por un derrumbadero.

—¡Hola! ¿con que me conociste?

—¿Pus tú crees que si no te hubiera conocido me hubiera atrevido á pegarte?

DANIEL ORTIZ.

¡PESETAS! ¡PESETAS!

Concedo que es conveniente el sistema decimal, porque facilita mucho nuestra contabilidad; más por lo que yo no paso ni nadie me hará pasar, es, señores, porque sea la *peseta* la unidad.

¡Al demonio se le ocurre!

¡Eso es gana de embromar!

Yo pienso en reales ó en duros

pero ¿en pesetas? ¡Jamás!

Sé que una peseta vale cuatro reales, claro está.

Eso lo sabe cualquiera, no es ninguna habilidad;

pero si pasan de cinco,

que son un duro cabal,

ya no sé de qué se trata,

ni lo puedo adivinar,

porque yo en cuestión de números

soy una calamidad,

y hablándome de pesetas

me arme unos líos que ya!...

—¿Cuánto vale—por ejemplo,

pregunto en cualquier Bazar—

esta petaca? Y responde

un chico de los que hay

al frente de la sección:

—¿«Esta petaca?»

—«¡Si tal!»

—«Veinte pesetas, cincuenta.»

—«¡Hombre! ¡Qué barbaridad!

¿Da usted por veinte pesetas

cincuenta petacas?

—«¡Quiá!»

¡Si es el precio de una sola!

¡Muy barata!»

—«¡Lo será!»

Y entonces tengo que hacer un esfuerzo intelectual para saber lo que suma la citada cantidad;

y me marchó de las tiendas,

muchas veces sin comprar,

por no exponerme á dar menos

ó no exponerme á dar más

¡Nada! Lo dicho, señores.

Este sistema es fatal.

y no lo entiende, de fijo,

ni don José Echegaray.

No digo que con el tiempo

no me llegue á acostumbrar,

pero lo que es por ahora

no lo entiendo, la verdad.

Y confieso francamente
que cuando Hidalgo me da
en pesetas el resumen
de mi cuenta trimestral,
siempre me parece poco,
¡no lo puedo remediar!

Para mi, *veinte mil reales*
han sido siempre y serán
más que *cinco mil* pesetas,
¡pero muchísimo más!

Que al fin *veinte mil* es algo,
pero *cinco mil* no es ná.

Esto de hablar *por pesetas*
tiene también otro mal.
Viene un prójimo y me dice:
—«Chico, ¿me puedes prestar
ciento cuarenta pesetas?
Tengo una necesidad!...»
Y yo, como así de pronto,
no sé cuánto le he de dar,
contesto que no las tengo
y quedo como un charrán.
Aunque hablando ingenuamente
y en honor de la verdad,
aunque pretendiera *en reales*
pegarme un *sablazo* el tal,
tampoco lo lograría
¡qué lo había de lograr!

VITAL AZA

EFECTOS DEL CALOR

D. Policarpo entra en un café con ribetes de
restaurant:

—Mozo.

—¿Señor, qué desea?

—Comer alguna cosa que fortalezca mi cuerpo
debilitado por el calor.

—Enseguida le serviré una comida que le pon-
drá en estado de resistir un calor de 70 grados.

Han pasado 45 minutos durante los cuales se
sienta D. Policarpo transportado al desierto de
Sahara, según el fresco que encuentra en el
establecimiento. El mozo se presenta con un
plato de *purée* que le hace á nuestro hombre el
efecto de un sudorífico de liquen. Segundo
plato: callos con salsa picante. Antes de termi-
nar los referidos, D. Policarpo pide la cuenta
que asciende á seis pesetas. Entrégaselas al
mozo dándole una de propina por el refresco
que le ha proporcionado.

Sale á la calle. Un copioso sudor invade
todos los poros de su cuerpo. Encuentra á su
paso una Horchateria y penetra decidido á qui-
tarse el calor que le sofoca, el cual hace más
intenso el picante de los callos. Pide un vaso
de limón helado, y se lo sirve una chica morena
capaz de encender al más pacífico ciudadano.
Una vez servido éste, se sienta la chica frente
á D. Policarpo, clavándole miradas incendia-
rias que acaban de poner á mi hombre hecho
un horno de fundición. Pide un nuevo vaso, el
cual se apresura á servirle la muchacha. Pero
¡oh dolor! cuando regresa, encuentra solo las
ropas, pues el cuerpo al ponerse en contacto
con el hielo ha sido evaporado.

Y las ropas son llevadas á una casa de empe-
ños para cobrarse la patrona el pupilaje del que
fué D. Policarpo.

E. MAESTRE.

Á PROPÓSITO DEL CALOR

Carta que he encontrado ayer
y copio como rareza,
porque según como empieza
y acaba, se puede ver
que está escrita *de cabeza*.

Señorita de Potasa:
perdóneme usted la *guasa*,
y conste si lo merece
que cada *cual* en su casa
hace lo que le parece.

¿La disgusta á usted, señora
vecinita encantadora,
el verme en paños menores?...
pues sufra usted por ahora
mientras pasan los calores.

Porque yo no me acomodo
á estar el verano todo
con este traje de invierno,
eso no, de ningún modo,
que es estar en un infierno,

Y aire libre necesito,
porque como usted, habito
un quinto con entresuelo;
y estoy tan cerca del cielo,
que temo quedarme frito.

¿Quiere usted, señora mía,
que yo cierre mi ventana
y no la abra en todo el día?
¿no es una *majadería*?
Vaya... no me da la gana.

Y pues oyó mis razones,
oiga dos proposiciones
para arreglar la cuestión:
ó cierre usted su balcón,
ó deme otros pantalones...

Perdone usted la franqueza,
y en escribir, mi torpeza,
y así mismo que más fino
con usted no sea el vecino
y servidor

D. Cabeza.

Por la copia: SEGUNDO LOZANO

MISCELANEA

Un borracho que se llama Andrés sale de su
despacho.

Al bajar la escalera encuentra á un amigo
también cargado de bebida que le pregunta:

—¿Está arriba Andrés?

Y Andrés le replica.

—No lo sé.

Y continúan ambos *papalinos* el uno subiendo
y el otro bajando la escalera.

Histórico.

—¡No me hable V. del incendio de anoche!
Mi existencia estuvo en inminente peligro... las
llamas han debido envolverme, pero yo...

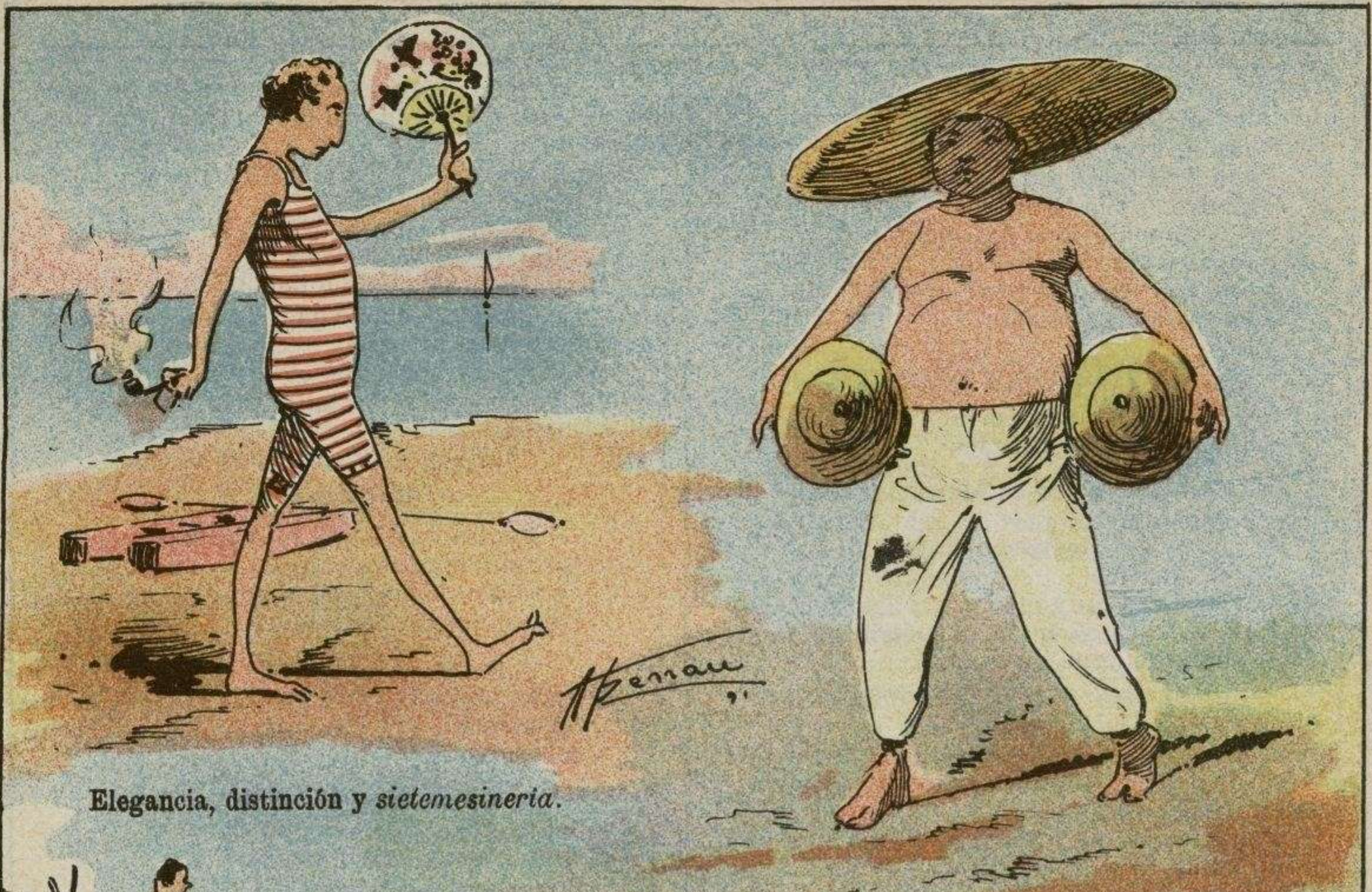
—¿Se arrojó V. por la ventana?

—No, señor; yo estaba en aquel momento en
el café con unos amigos.



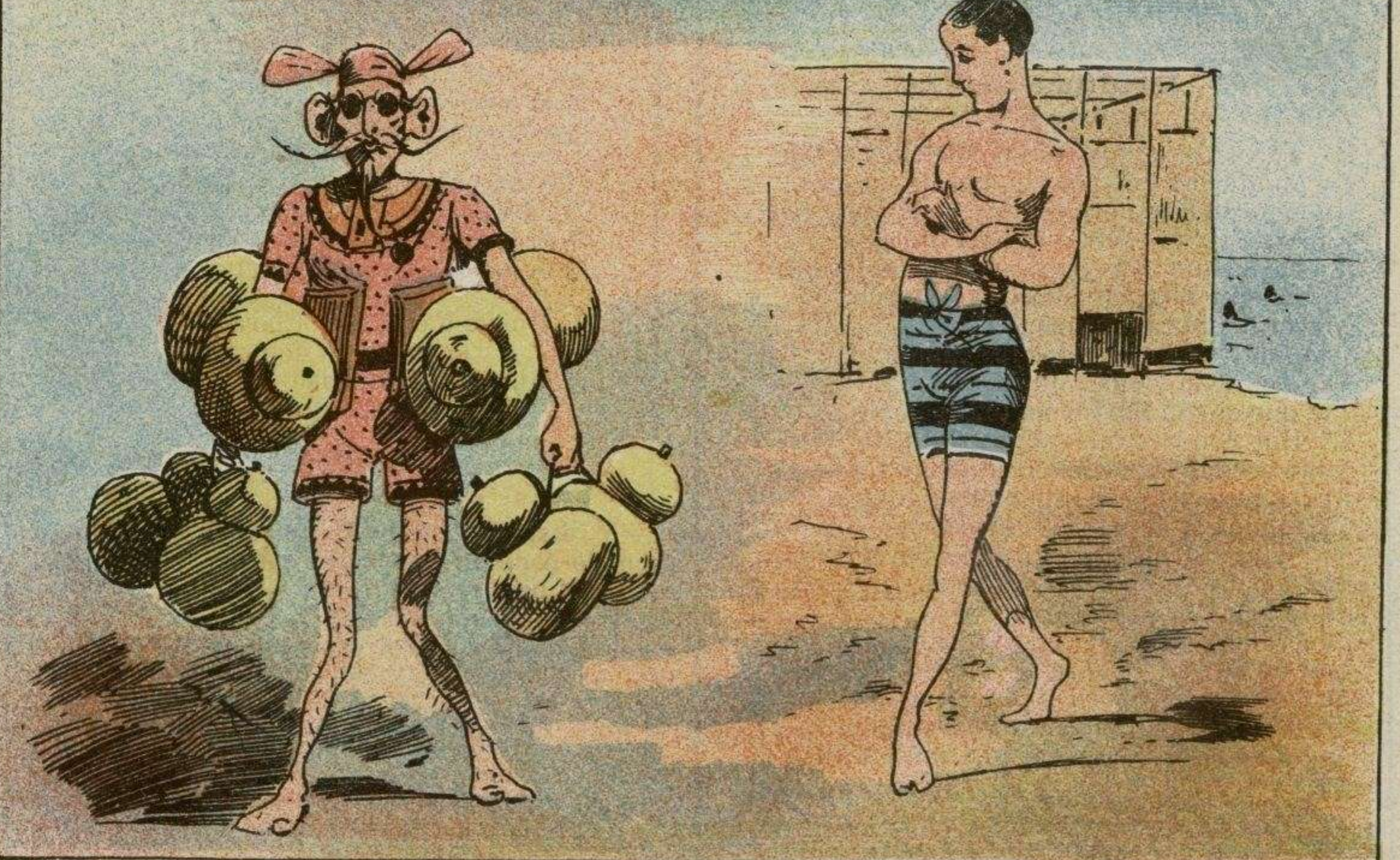
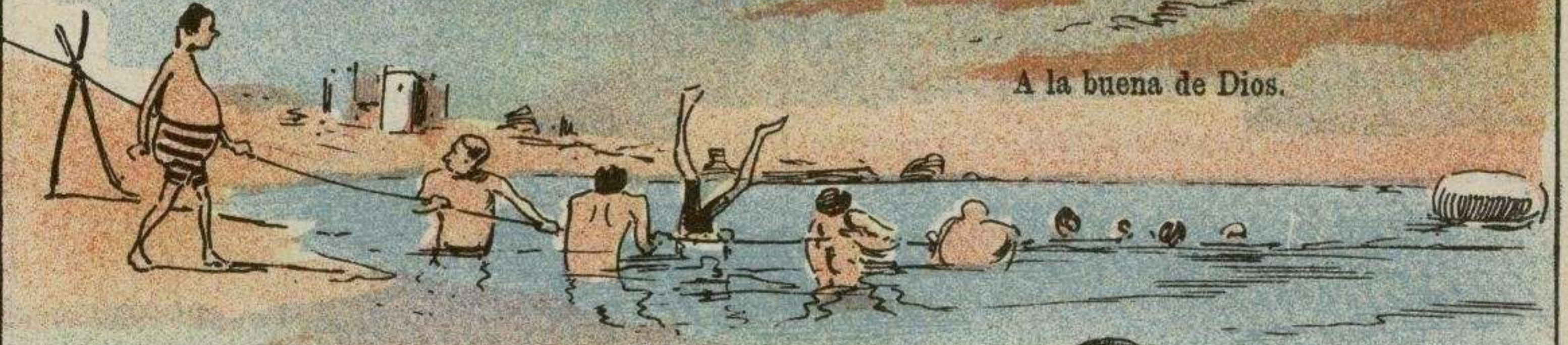
—¿Manolín, es verdad que tengo los brazos delgados?
—Un poco, pero ¡qué piernas!... y eso es lo principal.

¡A BAÑARSE!



Elegancia, distinción y sietemesineria.

A la buena de Dios.



Para entrar en la mar loca toda precaución es poca.

Yo podía hacer la competencia á este buen señor si me pusiese todas las calabazas que me han dado.

Epigramas

Cansado de hacer el oso
casóse ayer (y me alegro)
con Rita Blanca, Luis Negro
farmacéutico famoso.

Y ayer decía el pazguato
refiriéndose á su unión:
—si hay fruto de bendición
se apellidará Mulato.

La memoria más fatal
cuentan que tuvo Bautista;
y un cartel en su portal
decía: «Memorialista.»

—Qué antipático es Manuel.
—Y fátuo.

—Y desvergonzado.

—Y muy feo.

—Y muy cruel.

Pues, hijas, yo no he encontrado
quien me llene como él.

—
JOSÉ CABEZA

Un paleta en el lecho del dolor, es visitado
por el médico que mira al paciente y dice á la
paleta, su esposa:

—Póngale V. al momento dos docenas de
sanguijuelas.

El doctor vuelve á pulsar al enfermo y sale á
la calle meneando la cabeza en señal de dis-
gusto.

La paleta corre á casa del barbero y compra
las sanguijuelas; despues se acerca al enfermo
y le dice:

—El médico te ha mandado sanguijuelas.

—Ya lo he oido—contesta.

—Pues bien ¿cómo quieres que te las ponga?
Y replica el enfermo:

—Pónmelas con tomate.

La última súplica

I

Te vuelvo á importunar, bien de mi vida,
y aunque sé que por ello has de enojarte
no pierdo la esperanza
de obtener el perdón de mis ultrajes.

Ya sé que mis palabras te ofendieron,
ya sé que procedí como un cobarde,
levantando calumnias,
con el fin de que todos te señalen
con el dedo y cual miran á la muerte
te miren con horror en todas partes.

Hoy conozco mis culpas y te pido
que escuches por favor mi pobre frase,
pues implora perdón mi torpe numen
y comienza la fiebre á devorarme.

Si es rencor lo que guardas en tu pecho
lo debes desechar al acordarte
que aquel que por salvarnos
derramó con placer su propia sangre
en no sé qué palabra
poco antes de morir dijo á su padre,
refiriéndose al pueblo: «Padre mio;
perdónalos que no saben lo que hacen.»

II

Mas, no, no me perdones, te suplico,
y procura vengarte;
porque si me perdonas,
¿para qué mas castigo que tu madre?

EUSEBIO J. DE CASTIELLA

Un borracho, despues de beber como un agu-
jero, se queda á dormir en la taberna hecho una
sopa.

Al dia siguiente le grita al tabernero:

—¡La cuenta!

—¿La cuenta? Cuatro litros de aguardiente, á
peseta, son diez y seis reales.

—No lo pago. Yo no he bebido tanto aguar-
diente; conozco la capacidad de mi estómago:
solo admite tres litros.

—Bueno; tres litros que se metió V. en el es-
tómago y uno que se le subió á la cabeza, son
cuatro litros.

Coplitas

Tantas capas que he tenido
presenciando relaciones,
y para invierno, no tengo
ni siquiera... pantalones.

Ocho horas para trabajo,
ocho horas para beber.
y las ocho que me restan,
esas... para la mujer.

Si como dicen las gentes
la blasfemia está penada
dime ¿para tus mentiras
no trae el Código nada?

No vayamos, mi Maria,
á confesarnos los dos,
¡qué de cosas te diría
dentro del templo de Dios!

Anhelante ayer busqué
lo que habías prometido...
y hoy de tu boca, escuché
que no busque lo perdido.

Me olvidaste, sin cuidar
del jardín que me has dejado,
y al irlo yo á visitar...
¡todo estaba marchitado!

Una vez te hablé de vicios,
de deshonor, y tú... ¡nada!
hoy te he dicho que eres fea
y te has vuelto colorada.

Fuiste á confesar Clara
de aquel delito
y á hurtadillas reíase
San Cornelito.

RAMON OJEDA LOPEZ

—V. dispense ¿no es V. pariente de un señor
llamado Agustín Lopez que estuvo en la Haba-
na hace quince años?

—Soy el mismo Agustín Lopez.

—¡Ya decía yo! ¡Por eso se le parece V. tan-
to!..

Escocido de dolor
Verduquillo en *El Torero*,
fundándose en un error,
quiere arrimarme un meneo.
En esa obra meritoria
puede continuar el chico,
porque á mí me sabe á gloria
cuando rebuzna un borrico.

Un pintor muy malo se presenta en casa de un negociante y le dice:

- ¿Quiere V. comprarme este cuadro?
- Corriente; le doy á V. un duro.
- ¡Hombre! El lienzo me ha costado más.
- Bueno, pero cuando lo compró V. no estaba pintado todavía.

¿Qué escribo?

Más de una hora pensando
y sin saber qué decir,
lo que es esto de escribir
en verso, me vá cargando.

Porque si les digo á ustedes
que tengo una vecinita
que me gusta, que es bonita
y que se llama Mercedes,
me dirán, y con razón,
que es una vulgaridad
y no quiero, la verdad,
ser vulgar, soso y ramplón.

¿Que es un bruto mi casero?
¿Que es muy fea la de enfrente?
¿Que tiene un novio teniente
la vecina del tercero?

¿Que la vecindad murmura,
(y hace mal la vecindad)
porque á doña Soledad
la visita mucho un cura?

Que ha hecho un drama superior,
el hijo de D. Valerio,
que se titula: Misterio
ó el engendro del amor?

¿Que el teatro está invadido
por una horrible pandilla
de memos, que son polilla
que le tienen carcomido?

¡Nada nuevo, todo soso!
Señor, Señor; ¿qué decir?
¡No saber de qué escribir
me parece bochornoso!

¡Nada; soy un animal
que estoy metiendo la pata!
Lector, perdon por la lata
y hago aquí punto final.

ALBERTO DE OJEDA.

—El alcalde Sr. Porcar y Tió es comerciante de aceites.

—¡Ole!

—No; aquí no cabe el ¡ole! sino el ¡oli!

En el puerto dos rateros
á D. Felix Aguiló
le robaron el reloj
y le dejaron en cueros.

El no lloró sus desgracias,
antes bien, con gran finura
dijo al sentir la frescura:

—Caballero, muchas gracias.

En casa de un comerciante de antigüedades:

—Aquí tiene V. una peluca que perteneció á Madame Stäel.

—¿Y esta máquina de hacer cigarrillos?

—Es la que usaba Nabucodonosor.

—¿Antes del descubrimiento de América?

—No, señor; seis años despues.

Un gitano huyendo de la justicia que le perseguía por ladron se zambulló en el pilon de una fuente. Un polizonte que se hallaba allí cerca, se zambulló tambien y cogiéndole por el cuello lo sacó fuera.

—Gracias, pairino—dijo el gitano.

—¿Y por qué me llamas padrino?

—Por que me acaba ozté de sacar de pila.

Compañero perjudicial

—¡Pobrecito Franklin; cuánto le quiero!
pocos perros se encuentran de su casta;
estoy aquí cosiendo... y él, tan mono,
dormidito en mi falda.

Como nunca le pego ni regaño,
casi nunca se aleja de su ama:
él no mete un ruido

y nunca me molesta y nunca ladra;
no existe animalito más precioso
ni es posible encontrarlo entre su raza.

¿No ves cómo respira?... ¡si es más mono!..

nunca puedo al mirarle estar con calma:
cuando salgo en el coche

casi siempre á mi lado me acompaña,
y si quiero acostarme... me lo llevo
porque duerma en mi cama.

—¡Por favor, señorita; estése quieta!

—¿Qué es eso?... ¿qué me mira?... ¿qué me pasa?..

—¡¡Que en el cuello la estaba á V. picando
una asquerosa y grande garrapata!!

FRANCISCO DE LA ESCALERA

Pequeñeces

A la puerta de tu casa
te dí un beso en la mejilla,
y el bruto de tu marido
me rompió cuatro costillas.

Quisiera ser zapatito
de tu diminuto pié,
para poder ver las pulgas
que niña debes tener.

F. FERRÁN.



J. P.—Va algo mejor. Y se lo inserto para animarle.

Conchita G. y P.—No es una gran cosa ¿pero qué apostamos á que no es de V.?

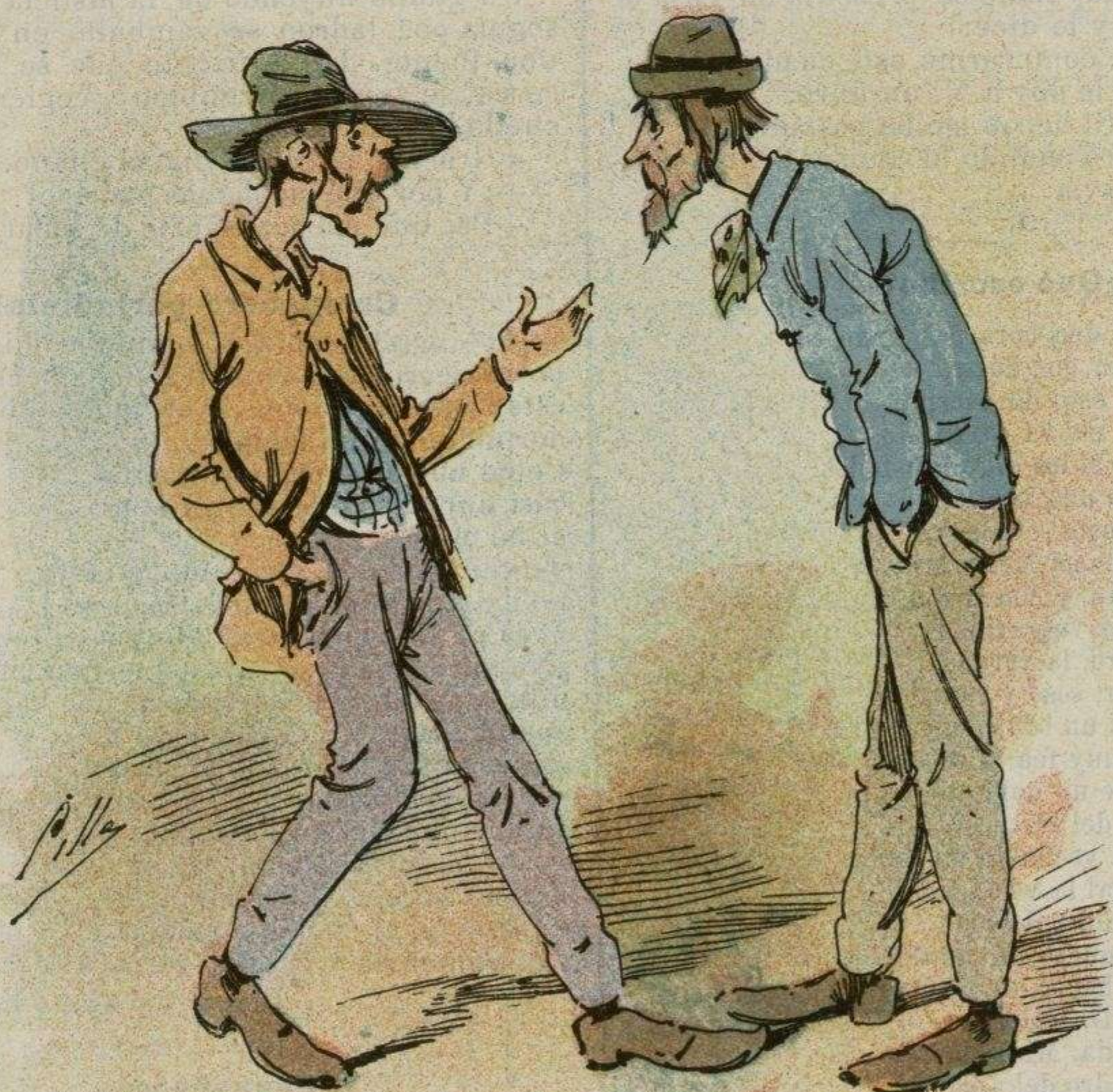
Cucufate (Madrid).—Lo último no me gusta porque va pasando ese género de moda. De lo anterior ya le hablé á V.

M. A.—Recibo su carta despues de publicada su composición. Ya ve V. que le he complacido. Lo que me envía irá.

J. R. F.—Puede ser que tenga V. razón y me hayan dado un tarugo con *Las mujeres en 1891*. Esto le pasa á cualquiera con lo que es mediano, porque la memoria no guarda recuerdo de ello. No será el último tarugo que me den, á Dios gracias.

J. C. (Madrid).—Irán algunas.

UN QUITE



—No me pidas diez céntimos, porque te voy á decir que no los tengo.

ANUNCIOS

LA SAETA SEMANARIO FESTIVO ILUSTRADO
Colaboran en él los más celebrados literatos y los más renombrados dibujantes

Toda la correspondencia á D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—Barcelona

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.

Cada tomo 15 céntimos en toda España.

Esta publicación está terminada y se vende por tomos sueltos ó por colecciones completas.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con elegantes grabados.

Precio de cada tomo: 15 céntimos.

Esta colección también está terminada y no se publicarán más tomos.

Se sirven tomos sueltos y por colecciones.

Para los pedidos de todas estas obras, dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

CUIDADITO CON ESTO

Novelas, cuentos, artículos y poesías de varios autores, ilustrados con magníficos fotograbados y cubiertas al cromo.

Van publicados 10 tomos á 15 céntimos, y hay más en prensa.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo.

Van publicados 45 tomos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación.

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez. — Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones. Tesoro, 5, bajo, Madrid.